

EL VITOR DE HORCAJO

«**L**A víspera de la Inmaculada hay una fiesta en un pueblo de Cuenca, Horcajo de Santiago, en la que se empuja y golpea a un cura dentro de la iglesia». Esta fue la sorprendente información que nos proporcionó un amigo sobre una desconocida celebración religioso-popular de carácter insólito. Conocemos casos de enfrentamientos entre una cofradía y otra, entre «moros y cristianos», e incluso entre participantes a una misma procesión, sin que en ninguno de ellos se llegase a lo que podría ser muestra evidente de sentimientos anticlericales, como parecía contener la fiesta de Horcajo. Llenos de curiosidad, decidimos asistir a ella y comprobar si resultaba tan espectacular como prometía.

Apartándose de la general de Valencia en Tarancón, a 130 kilómetros de Madrid, se encuentra Horcajo de Santiago. Es un frío y gris atardecer invernal. El pueblo se halla engalanado como corresponde al desarrollo de sus fiestas patronales, notándose la mezcla

que, a su vez, será acompañado por un nuevo grito, continuando así durante toda la noche y la mañana siguiente, presidiendo la larga procesión y dando el nombre a la fiesta: El Vitor.

Una constante de los gritos es la elevación del brazo derecho, encogéndolo y estirándolo a medida que van estallando los vitores. Hay familias con miembros de varias generaciones y lágrimas en la cara de todos ellos. Sobre el oleaje de brazos y manos ondea el estandarte, movido en todas direcciones, como un incensario, por un sacerdote que lo sostiene desde el interior del orificio de la pared, oculto su cuerpo, del que sólo aparecen en ocasiones las manos. A partir de ahora brota la verdadera esencia de la fiesta, la que le proporciona su carácter tan peculiar. Una masa de hombres sube las gradas del altar y se colocan frente al estandarte, apretándose y empujándose mutuamente en el intento de llegar a la primera fila, mientras gritan y levantan la mano, repitiendo la invocación y los vitores. Hay un conti-

tiva con sus músculos, del público, entregado a la vivencia de la que se siente actor.

A medida que transcurre el tiempo, se incrementa el grupo de los que apoyan al cura del estandarte, presionando ante la muralla flaqueante, para emprender un avance irresistible y conseguir su propósito, llegando hasta la puerta llamada «del Sol». Son más de las diez de la noche, y es tan sólo el primer acto el que finaliza.

La noche más larga

En el patio de la iglesia, junto a la puerta, se hallan tres caba-

llos enjaezados y sus jinetes, adornados con extraños sombreros de papel. Cuando el cura aparece con el estandarte se lo entrega al caballero del centro, mientras que sus dos compañeros agarran las orlas. Ellos son los ejecutantes de la siguiente fase de la procesión, recorriendo todas las calles del pueblo (pasando, por lo tanto, frente a cada una de las casas) con el estandarte bien levantado, enfrentados a la constante oposición de los grupos de vitoreantes, plantados ante los caballos impidiéndoles la marcha. El gesto de los caballeros es de paciencia infinita, con una sonrisa indeleble en sus labios, sabiendo que tardarán más

La procesión de Horcajo (Cuenca) es una muestra folklórica del anticlericalismo: la gente golpea y empuja al cura. Hay un enfrentamiento cura-pueblo y pueblo-caballeros. La incruenta batalla comienza cuando aparece el estandarte blanco con la imagen de la Inmaculada y surgen los gritos ensordecedores de los que vitorean a la Virgen.

DEMETRIO ENRIQUE

abigarrada de vecinos, parientes residentes en otras localidades y forasteros. El centro de gravitación se traslada de las calles hacia la Iglesia parroquial, que comienza a abarrotarse de público. A pesar de la retirada de los bancos por necesidad de espacio, hay gente en el coro, en el púlpito e incluso sobre los altares (habiéndose retirado el Santísimo Sacramento).

La espera se halla cargada de nerviosismo e intensa emoción, y apenas se puede observar la profusa decoración barroca del altar mayor, con sus retorcidas columnas doradas.

Poco después de las ocho de la tarde, de una abertura circular en un lateral del altar mayor surge un estandarte blanco con la imagen de la Inmaculada Concepción en el centro. Esta aparición provoca un griterío ensordecedor que brota de la multitud excitada. La banda municipal acomete los acordes del himno nacional, elevando aún más el nivel emotivo. De todas las gargantas sale el mismo grito-invocación:

«¡Vitor la Purísima Concepción de María Santísima, concebida sin mancha de pecado!».

Respondida en seguida por un triple «¡Vitor, Vitor, Vitor!», que desde este momento resonará incesante, de forma que el grito inicial se prolongará en un eco,

nuevo movimiento entre los que se retiran, sudando, agotados, y los que entran a la masa compacta con nuevas energías o por primera vez. No hay mujeres, aunque abundan los chiquillos. Poco a poco ha ido saliendo del orificio el cura del estandarte, y durante más de dos horas dedicará sus esfuerzos en avanzar hasta la puerta de la nave lateral, a unos quince metros de distancia, pero que la muralla de vitoreantes convierte en distancia inaccesible y su empeño en infructuoso.

Un grupo de hombres mayores se unen al cura en su intento de vencer la obstinada resistencia de los coreantes. Así se desarrolla una lucha incruenta, con abundancia de ataques frontales, «a lo fuerza bruta», y maniobras sorprendidas «de tipo estratégico»; avanzando en ocasiones el grupo del estandarte para ser frenado y rechazado por violentos contraataques, hasta conseguir una relativa estabilización de posiciones, sin dejar de empujarse ni gritar.

Cuando el estandarte aprovecha la debilidad de algún sector de la muralla humana y logra abrirse paso provoca una conmoción entre todos los asistentes, acudiendo numerosa gente en refuerzo para rechazarlo. El ambiente apasionado no decae en ningún instante, debido a la participación, tanto pasiva con sus vitoreos o ac-





de una hora en recorrer la plaza Mayor, esperándoles muchas horas hasta la culminación de su recorrido, que será la misma puerta de la iglesia.

La lenta marcha impuesta a la comitiva y el continuo hostigamiento a los caballos exige la ayuda de unos peones que sujeten las bridas de los animales y les mantengan al ritmo procesional. La temperatura de la noche castellana es muy fría, a varios grados bajo cero, siendo el mayor sufrimiento de los caballeros, que se protegen con chaquetas de cuero y llevan mantas sobre la montura. Durante el recorrido se les autoriza a descender de sus caballos sólo en tres oportunidades, que son las tres paradas reglamentarias frente a las ermitas del pueblo, en las que se mete el estandarte en una especie de visita de cortesía. La estampa de la comitiva resalta en la oscuri-

dad de la noche; noche de vela, piedad e historia.

En las puertas de cada casa se hallan varias personas sosteniendo bandejas con comida y bebida, que ofrecen en primer lugar a los caballeros y luego a sus ayudantes, y a todo aquel que participe. A medianoche y temprana madrugada se ofrecen bebidas alcohólicas, bocadillos y embutidos, para llegar luego la hora de los cafés con leche, pastas y dulces. Los vitoreantes se relevan en su labor, de tal manera que hay siempre un numeroso grupo frente a los caballos, invocando al estandarte, gritando hasta la afonía.

Lentamente se desgranán las horas en la noche más larga de Horcajo, a medida que la procesión recorre sus calles de tierra.

Por la mañana va aumentando considerablemente el número de participantes, hasta ser varios miles los que se congregan en el patio de la iglesia al filo del me-

diódia, saludando con ímpetu la llegada de los caballeros, que parecen un barco, con el estandarte como vela inflada por el viento. Se repiten los actos de la víspera, siendo esta vez los caballeros los que intentan llegar hasta la puerta y entregar el estandarte al cura, que los espera en el último escalón, lo que consiguen al par de horas de forcejeo, mientras el cura corre a la sacristía, perseguido por los más empecinados de los vitoreantes. Son las dos de la tarde del ocho de diciembre. La procesión ha durado unas dieciocho horas.

Análisis de la ceremonia

A lo largo de esta inusitada fiesta religiosa fuimos hablando con muchos de los participantes, tratando de profundizar en los elementos integrantes y encontrar los orígenes históricos.

a) El primer elemento característico es el cura portaestandarte. Participa en cumplimiento de una promesa. Actualmente pertenece a la orden capuchina. Calzan unas botas especiales, que les protegen de los pisotones y patadas; su labor es arriesgada, por hallarse todo el tiempo en el vértice del torbellino de fuerzas desatadas, y a veces ha habido incidentes, fortuitos, a causa de la falta de aire y agotamiento, que puede llegar a desvanecerlos, o por agresiones conscientes (no hace muchos años, clavaron un tenedor en la pierna del cura). El día de la Inmaculada predicán en la Misa mayor. Entre los curas más destacados nos hablaron de uno que participó durante quince años consecutivos; otro, forastero, que intentó suspender la fiesta por su excesiva «brusquedad», acudiendo al año siguiente muchos fieles a la capital provincial, Cuenca, para celebrar su ceremonia ante el obispo, al que convencieron para

que la autorizase de nuevo, y el caso de uno que, asustado, tiró el estandarte, estando a punto de ser apaleado por los fieles, airados ante la afrenta.

Esa constante histórica del español, «que va siempre detrás de un cura, para obedecerlo o para lincharlo», viene fácilmente a la cabeza. Quizá sea el hecho crucial del Vitor y el que le confiere su mayor significado sociológico. ¿Responde el enfrentamiento al cura a un sentimiento de tipo anticlerical, todo lo sublimado y deformado que varios siglos de constancia religiosa hayan podido elaborar? Aquí hay que tener en cuenta que la invocación gritada por los fieles puede ser un añdido posterior a la ceremonia inicial, y que la forma actual de celebración puede diferir incluso esencialmente de la primitiva, como ha sucedido con tantas festividades profanas que fueron «bautizadas y sacralizadas», variándose el significado de ellas, aunque mantuviesen su forma muy similar. Apoya esta idea la ausencia de ritual litúrgico, hecho muy extraño en una fiesta religiosa.

b) Los caballeros portadores le siguen en importancia. También en cumplimiento de promesas, tienen que inscribirse en una lista de turno riguroso, que se prolonga actualmente hasta dentro de sesenta años, y los niños son inscritos al nacer, pudiendo heredarse el puesto entre los miembros de la familia. Ellos mismos realizan los adornos con los que se cubren la cabeza y enjaezan los caballos.

c) Los caballos deben reunir condiciones especiales por las circunstancias de su recorrido. Durante mucho tiempo fueron particulares (destacando «El Bomba», que lo dejaban suelto el día señalado y acudía por sí mismo); luego, del Ejército, y ahora pertenecen a picadores de Aranjuez.

d) Comportamiento de los asistentes. Es, sin duda, la fiesta central del pueblo, superando en fuerza emotiva a la misma Navidad, sirviendo para aglutinar a los familiares desperdigados en sus lugares de emigración. El peso de la tradición, unión familiar y recuerdos de niñez confluyen en la procesión, acto que proporciona la identidad colectiva «a los de Horcajo». Nos han contado casos de familias que por algún motivo no se han podido desplazar y de modo sustitutivo se reúnen frente a la chimenea de su casa y a la hora del comienzo vitorean con la misma energía que emplearían de estar presentes en la iglesia.

El espíritu reinante hacla los forasteros se puede resumir en esta frase: «Esta noche todos somos hermanos, mañana podremos discutir, hoy no». A pesar de la presencia de grupos de madrileños, en su mayoría llevados por interés antropológico, el ambiente es tradicional, completamente fuera de cualquier tipo de circuito turístico,



15%

de rentabilidad anual
con garantía por contrato
sin gastos de suscripción

PAGO MENSUAL

Deseo recibir mayor información:

12

DIPUTACION, 180
BARCELONA-11



Nombre _____

Dirección _____

Telf. _____

Población _____

Provincia _____

SU MEJOR REGALO

MAFERSL

SU EMPRESA DE CONFIANZA

Delegaciones en: MADRID, VALENCIA, ZARAGOZA, OVIEDO,
SANTANDER, VIGO, SEVILLA, Y CASTELLON.

EL VITOR DE HORCAJO

contribuyendo a mantener la fuerza original de la ceremonia y no desvirtuarla.

Antiguamente se ejercía una tosca forma de presión sobre los vecinos que no participaban, variando de tirar piedras a las casas que no abrían sus puertas, hasta pinchar con alfileres las mozas a los mozos que no vitoreasen. Por su duración y baja temperatura se bebe muchísimo, sin que por ello surjan peleas. «Nunca hemos tenido desgracias». Destacándose que en un pueblo vecino se quiso imitar la fiesta, habiendo dos muertos en el primer año, lo que obligó a su suspensión. Mucha gente mayor se halla disgustada por el comportamiento de los jóvenes, que tachan de irrespetuoso. Entre los sacerdotes asistentes es unánime la defensa de la fiesta: «Hay que mantenerla, es una muestra de piedad excepcional».

La iglesia alberga personas que tan sólo la visitan con este motivo, e incluso nos hablaron de un par de hermanas, ancianas, que nunca se dejan ver, excepto cuando la procesión llega a su casa, asomándose ellas a la ventana para vitorear como cualquier otro vecino. Una participación tan colectiva a un acto es muy difícil de conseguir.

La oposición al avance del estandarte es para muchos de los actuantes una penitencia que se imponen a sí mismos. A veces hay gente que sigue a los caballos de rodillas o arrastrando cadenas. Durante la noche se encienden hogueras que son ávidamente rodeadas. Algunos mozos saltan sobre ellas de una forma que trae connotaciones con actos rituales, considerando el carácter simbólico de purificación que ha mantenido el fuego, creando reuniones de luz y tinieblas que nos acercan a las imágenes de la brujería medieval. En uno de estos grupos de procesionantes ateridos en busca de calor, me narraron la historia de una maldición cumplida. Según ella, el estandarte original fue destruido por un vecino del pueblo, a la vista de una mujer que se hallaba en la iglesia barriendo el suelo, quien echó la maldición siguiente: «¡Ay, judío errante, como no vea castigo en ti, no creo en Dios!», que fue cumplida al ser posteriormente linchado el autor del hecho. También existen unas reglas de tipo supersticioso referentes a la forma en que se efectúan las entregas del estandarte, así como a evitar las desgracias que vendrían de caer al suelo en cualquier momento de la procesión.

Posibles interpretaciones

Las preguntas efectuadas sobre el origen del Vitor toparon con la confusión más absoluta, radicándola en un pasado remoto, «allá en la época de las guerras con los moros». La ignorancia que se tiene de la fiesta fuera del pueblo

se complica con la destrucción de los archivos municipales durante la guerra civil, desapareciendo así la casi totalidad de los datos comprobables. La única posibilidad que nos queda es la de relacionar una serie de elementos históricos que hayan podido intervenir, elaborando con ellos varias pistas.

Un elemento que da cierta verosimilitud al origen en la época de la Reconquista se encuentra en los adornos de caballeros y caballos, con influencias árabes. A 20 kilómetros de Horcajo se halla Uclés, lugar en el que ocurrió una cruenta batalla entre los almorávides y los castellanoleonés al mando de Alfonso VI (año 1108). Esta zona de Cuenca era tierra fronteriza, que sufrió diversas in-

en el origen es el del dominio ejercido en la zona por la orden militar de Santiago (a la que se refleja el nombre del pueblo, Horcajo de SANTIAGO), fundada a mediados del siglo XII y que muy pronto extendió su poder religioso-territorial, imponiendo sus leyes a todos sus súbditos, en numerosas ocasiones yendo más lejos que el magisterio de la misma Iglesia, dando por ciertos y defendiendo misterios que aún no se habían convertido en dogmas de fe. ¿Imponen a la fuerza los caballeros de Santiago el misterio de la Inmaculada sobre los siervos residentes en sus dominios? Esta hipótesis proviene de una relación inmediata con los caballeros de la procesión, que puedan simbolizar a los caba-

Horcajo no se produjera mucho después del primero efectuado en el mundo, en la localidad castellana de Villalpando, en el lejano 1446. Aquí se podría objetar con bastante fundamento, que el fervor del pueblo es producido por su creencia en la Inmaculada, cuyo dogma repiten a lo largo de su noche insaciable. ¿Fueron los habitantes primitivos embargados por una fe mística colectiva que les llevó a proclamar sus creencias con el ardor de iluminados?

Tampoco se debe descartar la influencia que pudo haber ejercido en Horcajo el polémico teólogo Hervás y Panduro, quien no sólo vivió allí, sino que trajo en depósito de Roma los restos incorruptos de Santa Faustina y las reliquias de mil quinientos santos, que aún se conservan en una de las ermitas. No es aventurado suponer que este fogoso orador, una de las cumbres del pensamiento reaccionario español del XIX, pudiese influenciar las costumbres de sus convecinos.

Según otra versión, se comprueba que la fiesta ya existía en la época de la invasión francesa, por haber sido ahuyentadas unas tropas que se proponían atacar el pueblo al estallar salvas y petardos, empleándose desde entonces las llamadas «carretillas», que son unos petardos especiales unidos entre sí, que al prenderles fuego se desplazan por el suelo.

Venga el origen por una u otra vía, lo que parece evidente es que su funcionamiento refleja una complicada génesis histórica, con raíces muy primitivas, desarrollada a través de innumerables vicisitudes, incluyéndose elementos yuxtapuestos de épocas distintas. Todo esto confiere un extraordinario interés sociológico a la fiesta, que merece ser objeto de un profundo estudio en cuanto nos puede aclarar aspectos de la evolución social y las relaciones de poder, interiorizadas en el subconsciente colectivo, con lo que gozan de una incontrolada eficacia en la dirección del comportamiento y que se refleja en todos los ámbitos de la actividad cotidiana.

Sólo nos queda describir brevemente el pueblo. Situado en la periferia de la Mancha, con casas encajadas y tierra pedregosa, vive del cultivo de cereales y viñedos, con varios propietarios latifundistas; una fábrica de gaseosas; peonaje en la construcción del trasvase Tajo-Segura y problemas con la mano de obra, que deben trabajar como jornaleros agrícolas en otras provincias, preferentemente en la vendimia y siega. Hay muchas cuevas en el pueblo, en las que viven alrededor de trescientas personas. Su total de habitantes es de cerca de cuatro mil quinientos, que se elevan a más del doble con motivo de su fiesta grande, su originalísima forma de celebrar la Inmaculada: su «Vitor». ■ D. E. Fotos del autor.



Una constante de los gritos es la elevación del brazo derecho, que se encoge y estira a medida que estallan los vitores.

vasiones con los subsiguientes devastamientos, en los años 1177 y 1197 (en estas dos ocasiones debidos a la invasión almohade). Si mencionamos unos hechos tan remotos, se debe a la especial circunstancia que los rodeó. Tanto la invasión almorávide como la almohade se destacaron por el fanatismo religioso y la violencia que ejercieron, tanto en los territorios árabes con los cristianos que en ellos vivían como en los reinos cristianos, destruyendo así la política de tolerancia entre ambas religiones (en la que se incluían por ambas partes su relación con los judíos, tercera religión peninsular) que se había ido elaborando trabajosamente entre las fuerzas beligerantes.

No sería ilógico pensar por lo tanto en la posibilidad de un saqueo del pueblo por parte de los árabes, llevándose las imágenes religiosas entre otras riquezas, a lo que se opondrían los cristianos del lugar.

Otro elemento que pudo hallarse

lleros de la orden. ¿Se alían los teólogos con los caballeros, para vencer las resistencias populares? ¿Se trata de una rebelión popular?

Estas son algunas de las posibilidades que se desprenden de analizar los enfrentamientos curapueblo y caballeros-pueblo que se producen en la procesión, sin que ello signifique que la ceremonia se remonte a más de ocho siglos, sino que hayan perdurado reminiscencias simbólicas a nivel teatral de sucesos o posturas reales y relegadas al olvido consciente.

Un dato a tener en cuenta lo constituye el que en las listas parroquiales de bautizos comiencen a aparecer nombres de Inmaculada en el siglo XVI, coincidiendo con el cambio de patrona del pueblo, de Nuestra Señora de Gracia a la Inmaculada. Como el dogma de la Inmaculada no aparece hasta el Concilio Vaticano I, en 1870, aparece evidente la implantación activa del misterio entre los habitantes de Horcajo. Es posible que el voto público concepcionista de